

UN POZO ARTESIANO FALLIDO DE ÉPOCA ROMANA EN EL OPPIDUM DE PINTIA (PADILLA/PESQUERA DE DUERO, VALLADOLID)

A FAILED ROMAN ARTISAN WELL FROM THE *OPPIDUM OF PINTIA*
(PADILLA/PESQUERA DE DUERO, VALLADOLID)

José Carlos Coria Noguera
Universidad de Granada
jccnoguera@ugr.es

Carlos Sanz Mínguez
Universidad de Valladolid
csanz@fyl.uva.es

Resumen

Presentamos el estudio del material cerámico proveniente del relleno de una perforación vertical realizada en el oppidum de Las Quintanas, Pintia (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid) durante la fase de abandono. Los datos obtenidos indican una fecha de apertura de la estructura y su cierre consecutivo entre finales del siglo I d.C. y la primera mitad del siglo II d.C., así como su interpretación como un pozo artesiano fallido. Además, la significación estadística proveída por el conjunto permite reflexionar sobre las dinámicas sociales y de reorganización del espacio en los últimos momentos de esta zona de hábitat de la ciudad. Finalmente, el trabajo pone de relieve la importancia de los estudios sistemáticos de vertederos vacceo-romanos a la hora de investigar los procesos de implantación y sustitución de los equipos vasculares de la población local durante la romanización.

Palabras clave: *Pintia, fase de abandono, vertedero, romanización, cerámica vaccea, Alto Imperio.*

Abstract

This paper presents the study of a ceramic assemblage from a pit made in the roman abandonment phase of the hillfort of Las Quintanas, Pintia (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid). Data obtained revealed the structure was likely a failed artesian well, opened and filled between the end of the I century AC to the first half of the II century AC. In addition, statistical significance of studied pots allows to debate about social dynamics and space reorganization in the last habitational moments of the settlement. Finally, this research highlights the importance of vaccean-roman dump studies to investigate the implantation and substitution processes of pottery in local population during romanization.

Keywords: *Pintia, phase of abandonment, dump, romanization, vaccean pottery, High Empire.*

1. Introducción. Estado de la investigación: la Zona Arqueológica *Pintia* y el poblado de Las Quintanas

El *oppidum* de *Pintia* es uno de los yacimientos que más información ha proporcionado sobre el mundo prerromano del valle medio del Duero. Con más de cuarenta años de investigación, el estudio de la zona arqueológica ha permitido la aproximación a las distintas áreas funcionales de un asentamiento vacceo. Destaca la necrópolis de Las Ruedas (Fig. 1, A, 2), un cementerio de incineración con una ocupación desde finales del siglo V a.C. hasta al menos la mitad del siglo II d.C. (Sanz, 1997; Sanz *et al.*, 2006: 77). Se han documentado más de trescientas tumbas en apenas dos mil quinientos metros cuadrados de superficie. La extensión de este cementerio se cifra en unas seis hectáreas, y se halla delimitado por una zanja de época en el Oeste y el arroyo de la Vega al Este y Norte (Sanz, 2010). La organización de la necrópolis obedece a una estratigrafía horizontal, con al menos cinco fases diferenciadas, si bien no cabe descartar la existencia de áreas de enterramiento específicas de familias, linajes y clientelas, a semejanza de otros cementerios vetones. Un buen ejemplo de este fenómeno lo encontramos en las tumbas sincrónicas 127a, 127b y 128 (Sanz y Romero, 2010a; Sanz y Carrascal, 2013).

Otro lugar investigado es el barrio alfarero de Carralaceña (Fig. 1, A, 3), ubicado en la orilla derecha del Duero. Este espacio, de unas nueve hectáreas de extensión, comprende sendos cenizales propios de zonas urbanas, una necrópolis específica (Sanz, Gómez y Arranz, 1993) y un centro artesanal en el que se han recuperado restos de tres hornos. El más grande ellos es el horno 2, una estructura de doble cámara y tiro vertical, con una planta circular de 4,5 m de diámetro y un *prae-furnium* destacado (Escudero y Sanz, 1993; Sanz *et al.*, 2003a: 64). Los datos obtenidos en sucesivas campañas de excavación (1989-1991) revelan cuatro momentos de ocupación, aunque no reconocibles en los distintos puntos excavados (Sanz y Escudero, 1995: 297). De acuerdo a las dataciones paleomagnéticas de los hornos y el registro cerámico se estima una vida útil del complejo en la primera mitad del siglo I a.C.

Finalmente, la ciudad de Las Quintanas (Fig. 1, A, 1) se presenta como un *tell* de naturaleza antrópica de aproximadamente veinte hectáreas según las últimas mediciones realizadas a través de SIG. El uso de este espacio se detecta desde la génesis del mundo vacceo a finales del siglo V o inicios del IV a. C. hasta época tardoantigua, a través de una necrópolis hispano-visigoda en los siglos V-VII d.C. El promontorio dispone de una escarpada en la orilla izquierda del Duero, mientras que sus flancos más vulnerables están protegidos por una imponente muralla de casi siete metros de espesor construida en adobe y careada en sillarejo al exterior (Fig. 1, B). Las excavaciones del sistema defensivo revelaron los restos de un bastión circular adosado de unos catorce metros de diámetro, una berma y tres fosos consecutivos que probablemente dispusieran de barreras de espinos a tenor de la documentación de un tronco de *pinus pinaster* y ramas halladas en la contraescarpa del más profundo de ellos (Sanz *et al.*, 2010; 2011; 2014). Este sistema defensivo se veía reforzado por el carácter pantanoso o cenagoso del entorno, sobre todo en la vertiente sur, lo que viene ratificado por topónimos como Las Navas (Sanz *et al.*, 2003a: 60).

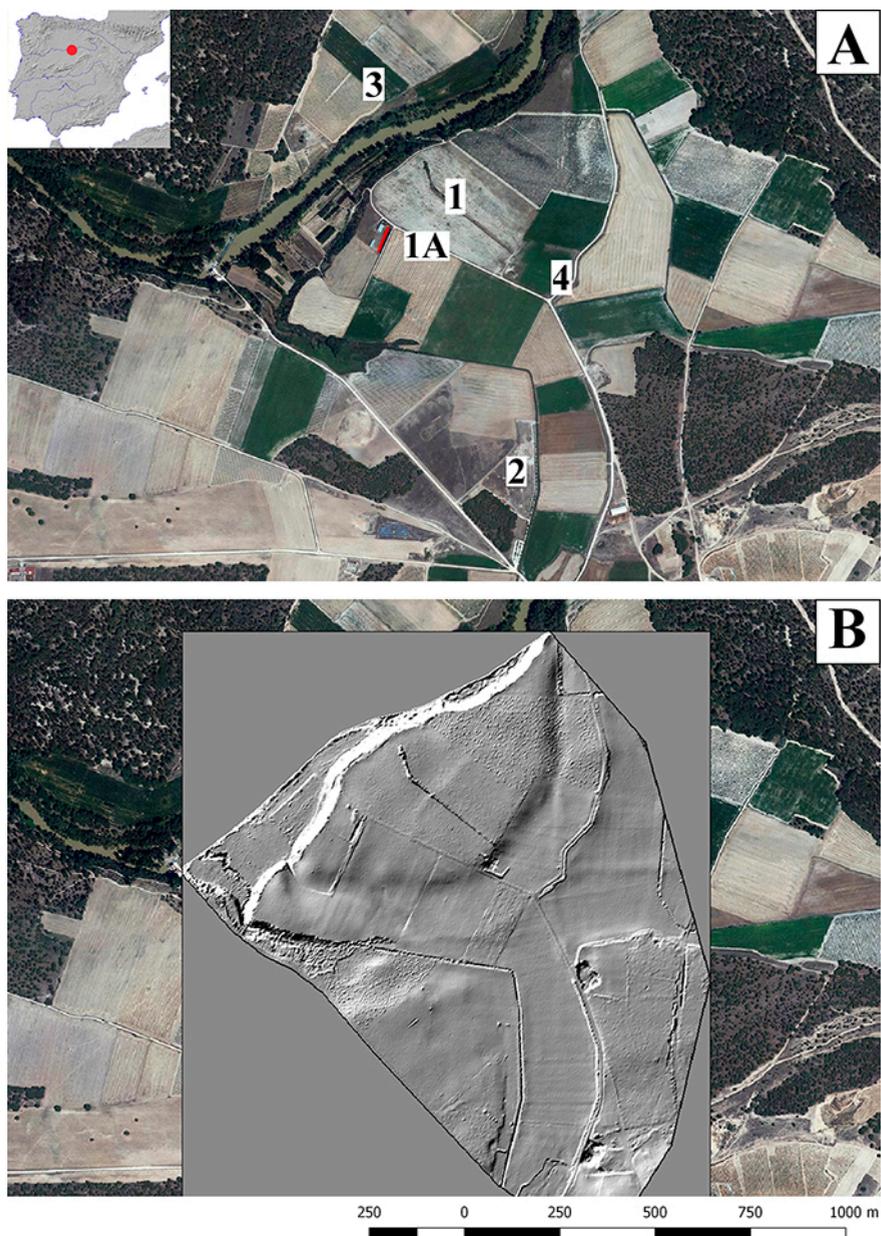


Figura 1. A: Ortofoto con la localización de los yacimientos integrantes de la Zona Arqueológica Pintia. 1: ciudad de Las Quintanas. 1A (en rojo): Zanja I. 2: necrópolis de Las Ruedas. 3: Barrio alfarero de Carralaceña. 4: cenizas y basureros extramuros de Las Navas, Los Hoyos, la gravera Camino del Vado y el Espino. B: Imagen LiDAR de la muralla de Las Quintanas (a partir de PNOA-LiDAR).

Extramuros encontramos una serie de cenizales y basureros con material indígena y romano. La zona de Los Hoyos, al SE de la ciudad, sabemos que tras perder su función defensiva (posible “campo minado” al exterior de los tres fosos, cuya toponimia podría ser testigo de esta circunstancia) y ser derruida la muralla y colmatados sus fosos, allá por el siglo I-II d.C., se ocupó con algunas humildes viviendas (Sanz y Romero, 2010b: 63)

El interior del recinto ha sido objeto de algunas intervenciones. En 1985 se lleva a cabo la primera excavación con una metodología científica con el objetivo de conocer el contexto del tesorillo número 2 (Gómez y Sanz, 1993; Sanz y Escudero, 1995: 277-287). Fruto de esta cata se obtiene la primera secuencia estratigráfica del poblado, con cuatro niveles de ocupación: el primero y más profundo de difícil atribución, rico en cerámica urdida e industria lítica, seguido de dos indígenas y uno romano. Posteriormente, entre 1988 y 1989, tiene lugar una nueva excavación, donde se documentaron dos niveles romanos y tres asociados a la necrópolis hispano-visigoda (Sanz y López, 1988; García Ruiz, 1988). Paralelamente, el estudio del yacimiento mediante fotografía aérea mostraba una trama ortogonal a través de un *cardus* y un *decumanus* flanqueados por manzanas, así como la presencia de un posible foro (Olmo y San Miguel, 1993; Sanz *et al.*, 2003a: 56).

El avance de la investigación en la zona de hábitat ha permitido replantear lo conocido sobre el mundo doméstico vacceo y las fases de ocupación del asentamiento. Gracias a las últimas intervenciones llevadas a cabo en la Zanja 1, de 56 por 8 m, excavada entre 1998 y 2006, se documentaron los restos de doce casas de época vaccea sertoriana (Fig. 1, 1A, en rojo y Fig. 2), un nivel post-sertoriano y una fase romana materializada en la construcción de casas de zócalos pétreos, alzados de tapial y suelos arcillosos con varios hogares (Sanz y Velasco, 2003; Centeno *et al.*, 2003; Sanz, Romero y Górriz, 2009). Asimismo, los resultados de estas campañas certifican una fase de transformación o remodelación urbana de esta zona del hábitat, del que constituye testigo elocuente este pozo fallido y que, andando el tiempo, dará lugar a una presunta basílica cristiana en cuyo entorno se desarrollaría la correspondiente necrópolis tardorromana e hispanovisigoda (siglos IV-VII d.C.) documentada con más de un centenar de enterramientos. Las fosas de estas sepulturas desmantelaron buena parte de los niveles romanos infrayacentes, limitando la lectura histórico-secuencial de la estratigrafía.

2. El contexto arqueológico. La fase de abandono de la zona residencial de *Pintia*

El final de la fase romana en la zona excavada de Las Quintanas viene marcado por el abandono sistemático de las estructuras domésticas y el expolio del material constructivo. Junto a estas actividades, también se documentan basureros que acentúan el fin de esta zona como área de residencia. Sin embargo, las estructuras más impresionantes de este momento son una serie de hoyos de gran porte, posiblemente efectuados con el objetivo de alcanzar el nivel freático gracias a la proximidad de esta zona al curso del Duero. Contamos en la zona intervenida con dos pozos excavados (Centeno *et al.*, 2003: 91-94). El primero, localizado en el sector F1 (Fig. 2, A), mide 1,80 m de diámetro y unos tres metros de profundidad, se hallaba recubierto de piedras de mediano tamaño y su relleno estaba formado por escombros, pero sin

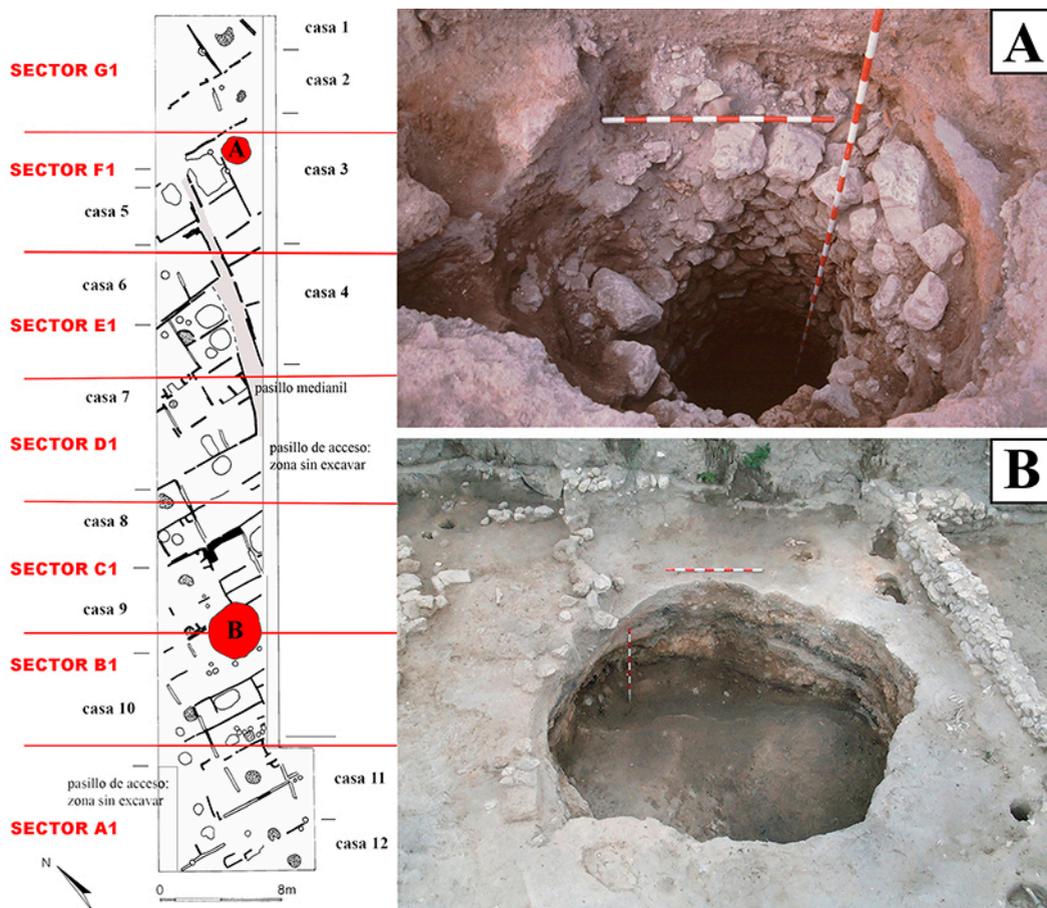


Figura 2. Zanja 1. Planimetría del nivel sectoriano y localización de los dos pozos de la fase de abandono altoimperial (A y B) (Fuente: CEVFW).

material cerámico. Se trataría, por tanto, de un pozo rematado o concluido, que estaría en uso durante un tiempo impreciso.

A unos treinta metros se ubica el segundo pozo, concretamente entre las casas romanas 2 y 3 en un espacio interpretado como una posible calle, entre los sectores B1 y C1 (Fig. 2, B). Mide 3,5 m de diámetro y 4,7 m de profundidad, con lo que corta completamente la estratigrafía del yacimiento. La envergadura de la estructura fue tal que incluso las tumbas visigodas parecen respetar su perímetro por más que ya estuviera colmatado. El relleno consiste en varios vertidos de escombros (Fig. 3, A), en los que menudean restos de gravas y arenas de la base geológica del yacimiento. Los niveles más modernos, que fueron excavados

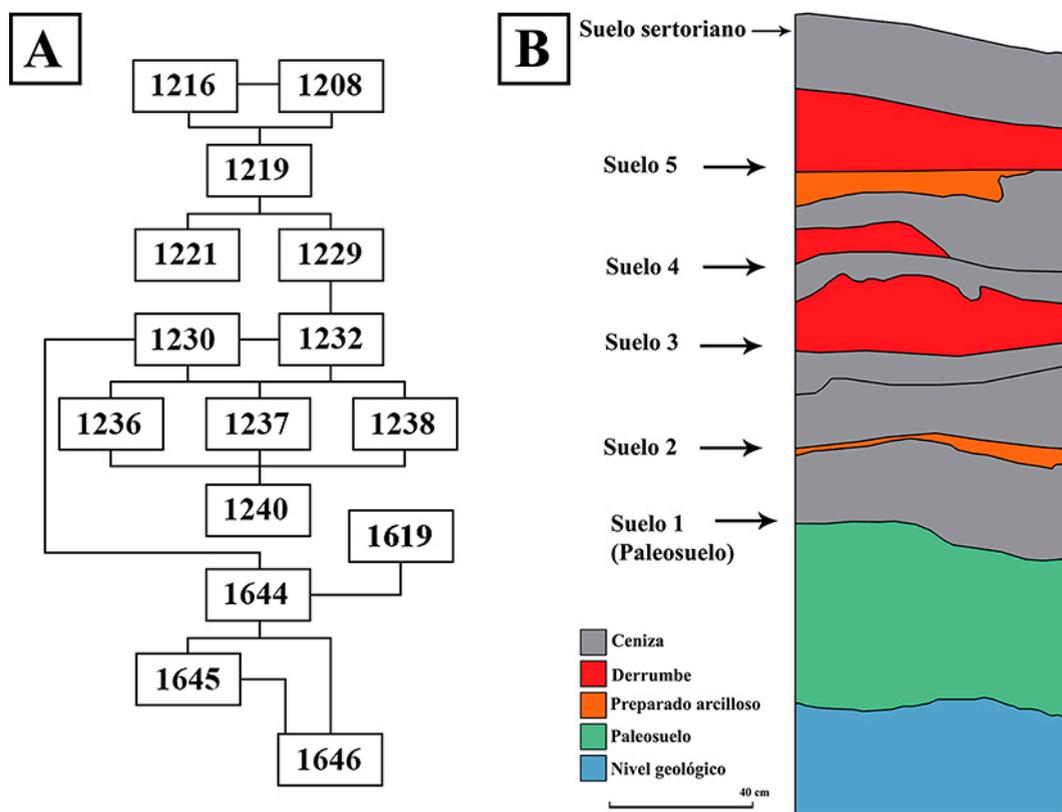


Figura 3. A: Diagrama secuencial de las unidades excavadas en el pozo. B: Estratigrafía documentada en los perfiles del pozo.

en extensión, están conformados por tierra de tonalidades grisáceas con restos de adobes, carbones y megafauna (UUEE 1216, 1219, 1221, 1229, 1230, 1232, 1236, 1237, 1238 y 1340). Los siguientes paquetes fueron exhumados parcialmente al realizarse una sección que divide gran parte del hoyo (Fig. 4, A). De esta manera se documentaron dos niveles de tierra negra muy suelta (UUEE 1619 y 1644) que apoyan directamente sobre uno ceniciento (UE 1645), que a su vez se superpone a otra unidad de tierra de textura suelta y tonalidad negruzca (UE 1646). El último nivel consistía en arcilla marrón oscura muy fina, sin materiales arqueológicos, que reposaba directamente sobre el paleosuelo del yacimiento. Sin embargo, no se completó la excavación de esta última unidad, ya que se centraron esfuerzos en conocer la profundidad máxima del hoyo a través de un pequeño sondeo de 1x1 m (Fig. 4, B).

Gracias a la realización de esta cata se pudo documentar la estratigrafía completa del asentamiento en este punto, revelando la existencia de cinco niveles de suelo por debajo del sertoriano que fueron destruidos por incendios (Fig. 3, B; Fig. 4, C). Son claras ciertas diferencias entre unos y otros. Para la construcción de los pavimentos más recientes (5 y 4) se

alisaron los derrumbes infrayacentes y se nivelaron con ceniza, mientras que en los más antiguos (3, 2 y 1) no hay rastro de derrumbe, extendiéndose en consecuencia una capa de cenizas mezcladas con tierra (Sanz, Romero y Górriz, 2009: 255). Así, en esta zona de Las Quintanas se superpusieron hasta quince suelos: los cinco más antiguos detectados en el pozo, el sertoriano, cuatro identificados en el horizonte post-sertoriano, dos de cronología augustea-tiberiana, y tres más asociados a distintos momentos de uso de algunas casas romanas como la 2 y la 3¹.

El relleno de este pozo ha proporcionado un ingente lote de materiales, compuesto principalmente por cerámica, otros elementos de barro como *pondera*, metales, y restos de megafauna como el ciervo. El estudio del lote cerámico se había acometido de forma parcial, haciendo hincapié en algunas especialidades cerámicas como las TS (Centeno *et al.*, 2003: 92-94, fig. 19). Sin embargo, se hace necesario una revisión del material, lo que nos permitirá aproximarnos a la realidad histórica y arqueológica del *oppidum* de *Pintia* en los últimos momentos de ocupación doméstica de esta zona del asentamiento.

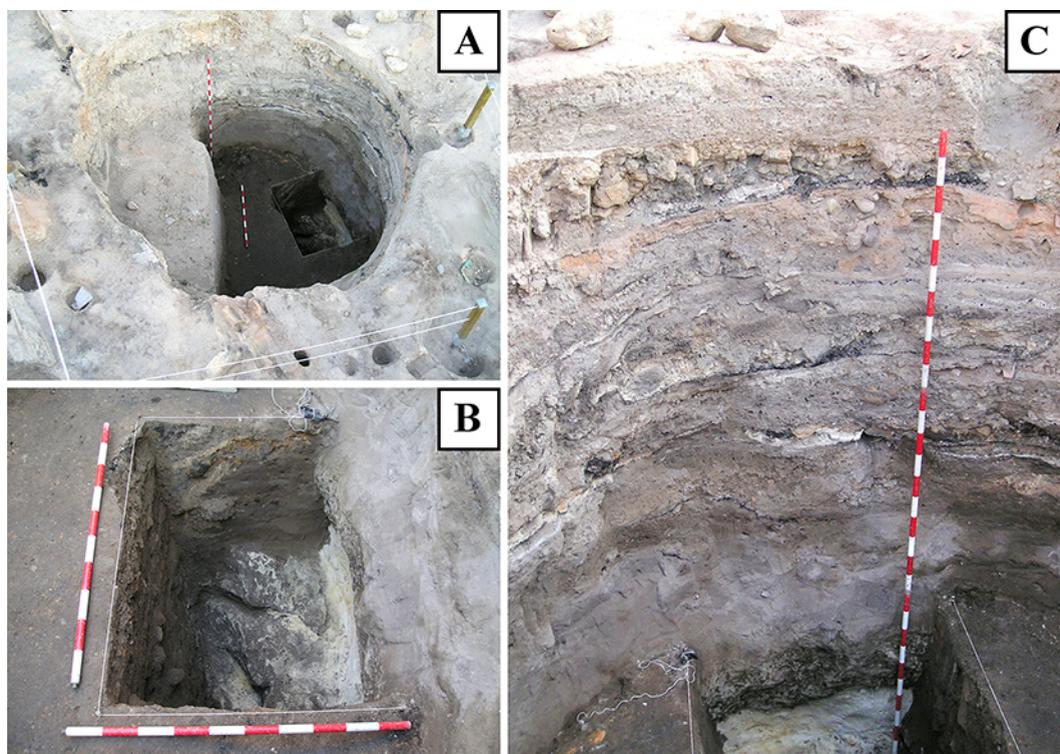


Figura 4. A: Final de excavación del hoyo. B: Cata 1x1 y nivel geológico del yacimiento. C: estratigrafía final (Fuente: CEVFW).

¹ La revisión y estudio de los horizontes aquí expuestos son el objeto de la Tesis Doctoral de uno de nosotros (J.C.C.N.).

3. Estudio del conjunto

Para la realización de este estudio se ha realizado una cuantificación simple de los bordes cerámicos contenidos en todos los paquetes que conforman el relleno del pozo (Tabla 1 y Fig. 5) con el objetivo de obtener el Número Mínimo de Individuos (NMI). Podemos contar un total de 306 individuos, de los cuales 194 son cerámicas finas anaranjadas (63,39 %), 59 comunes vacceas (19,28 %) y 18 hechas a mano (5,88 %). En cuanto a las especies romanas, la TSH está representada a través de 21 piezas (6,86 %), junto a 7 individuos de cerámica romana común (2,28 %) 5 de cocina romana (1,63 %), 1 individuo de TSS (0,32%) y 1 único fragmento de cerámica Tipo Clunia (0,32%). A continuación, se expone el análisis tipológico de las distintas especialidades vasculares documentadas.

3.1. Cerámica torneada fina anaranjada

Es la clase más representada del conjunto, sin embargo, más de la mitad de los fragmentos cuantificados (125) responden a indeterminados. De las formas identificadas, las más numerosas son la tinaja y el cuenco-copa, con veintitrés individuos en cada caso. Las tinajas (Fig. 6, 1) son recipientes de gran porte caracterizados por un cuerpo globular y diámetro máximo en su tercio superior. Se han documentado empotradas en el subsuelo y en algunas ocasiones enfoscadas de barro y paja para conservar fresco su contenido (Sanz, Romero y Górriz, 2009: 259), además de impermeabilizar y alejar los agentes biológicos. En este sentido, fueron utilizadas para almacenar grano, semisólidos y líquidos, aunque también albergaron utensilios domésticos (Blanco, 2018a: 141). La decoración pintada se desarrolla en su tercio superior, ya que es la parte que queda visible tras su encastrado. Es uno de los perfiles más numerosos en los contextos domésticos vacceos. Así lo demuestra el registro de Vertavillo, donde las tinajas alcanzan el 60,5 % de la cerámica fina anaranjada (Abarquero y Palomino, 2006: 66, gráfico 4), lo que revela su importancia en una sociedad con una economía de corte cerealista como la vaccea.

Los cuencos-copa exhiben el clásico cuerpo en forma de casquete esférico, con el borde ligeramente inclinado hacia el interior (Fig. 6, 2). No se ha conservado el perfil completo de ninguno, por lo que desconocemos qué tipo de base disponían y, en consecuencia, si se trata de cuencos o de copas. Es una forma con una larga tradición, ya que los primeros ejemplares son de origen mediterráneo y penetran en la península hacia la segunda mitad del siglo VIII a.C. (Blanco, 2018a: 132), por lo que es un perfil muy frecuente en el mundo ibérico. En contextos meseteños se empieza a fabricar localmente en formato de cuenco en el siglo IV a.C. según los datos que tenemos para *Cauca* (Blanco, 2018a: 132) y también para la Celtiberia (Sánchez Climent, 2016: 329, forma II), donde se documenta en los poblados, pero no en sus necrópolis (Burillo, 2010). En el área vaccea se detecta en la necrópolis de Las Ruedas con cierta frecuencia (Sanz, 1997: forma VIII1). Finalmente, no podemos olvidar la posible influencia que debió de jugar la forma 2760 del servicio de mesa de las campanienses universales en los cuencos-copa de cronología republicana (Morel, 1981: Láms. 70 y 71).

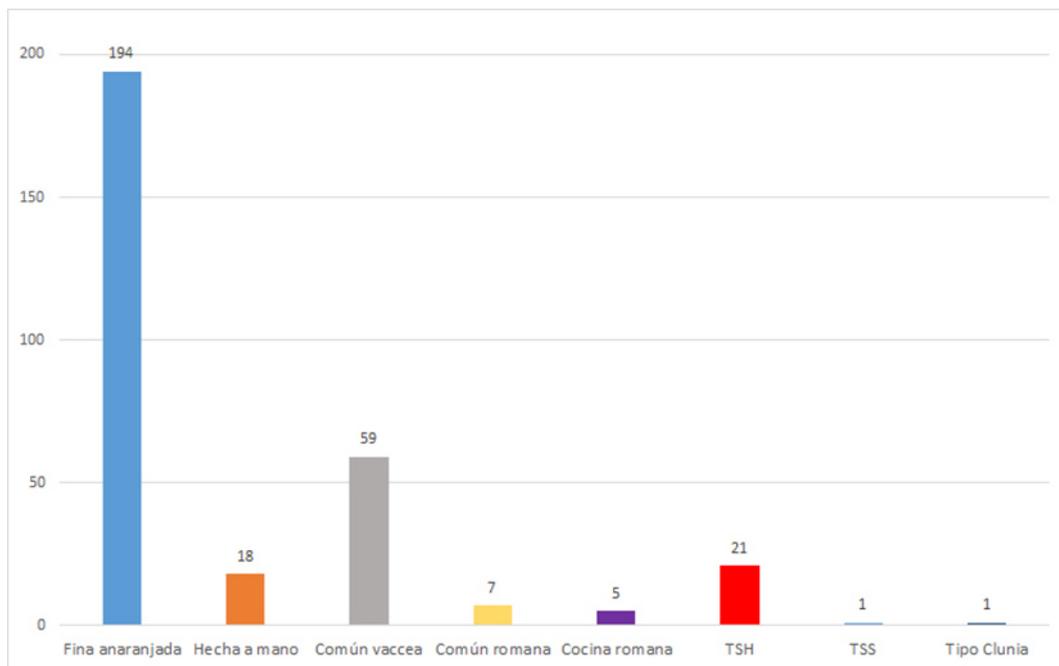


Figura 5. Gráfico con el número de individuos por clase cerámica.

UE	Fina anaranjada	Hecha a mano	Común vaccea	Común romana	Cocina romana	TSH	TSS	Tipo Clunia
1208	2	0	0	0	0	0	0	0
1216	8	2	14	1	3	3	0	1
1219	35	2	0	1	0	6	1	0
1221	6	2	2	1	0	1	0	0
1229	20	5	6	1	1	4	0	0
1230	59	2	11	1	1	2	0	0
1232	4	0	1	1	0	2	0	0
1236	3	1	1	0	0	0	0	0
1619	1	1	5	0	0	0	0	0
1644	29	2	9	0	0	2	0	0
1645	6	0	8	1	0	0	0	0
1646	21	1	2	0	0	1	0	0
TOTAL	194	18	59	7	5	21	1	1

Tabla 1. Número de individuos por UE y clase cerámica.

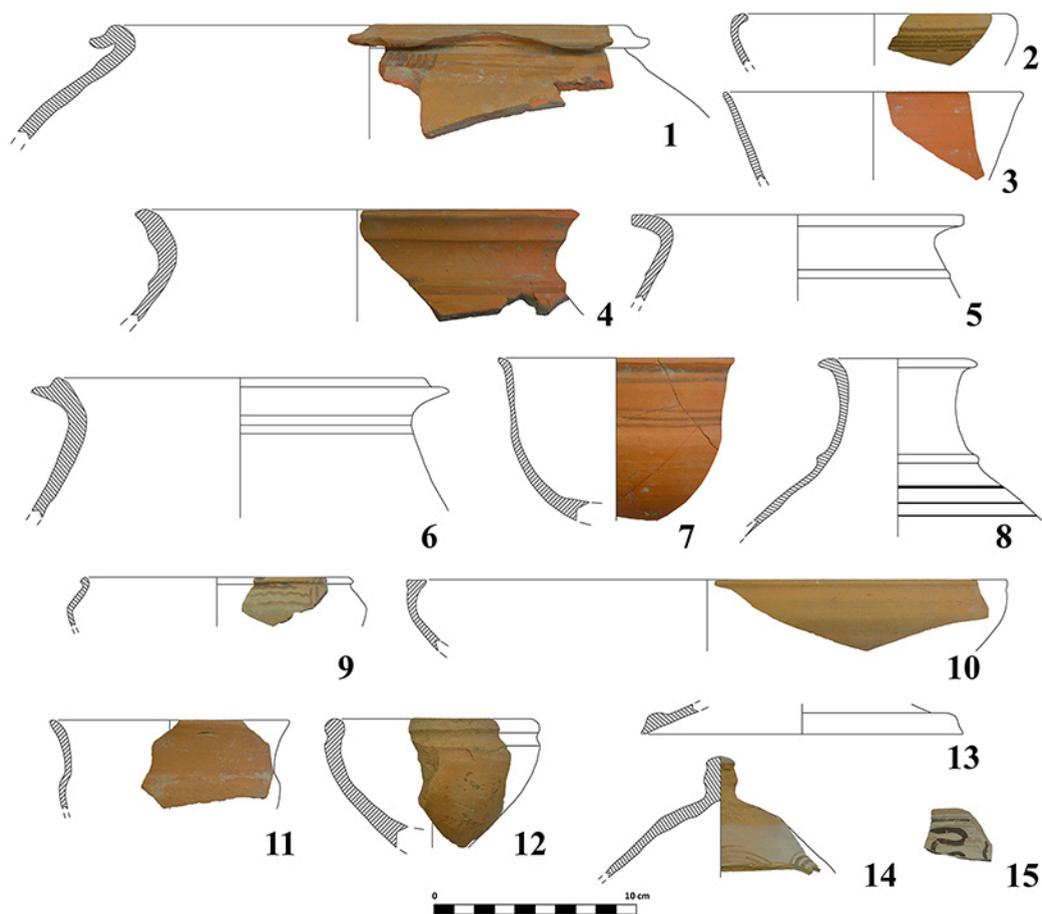


Figura 6. Cerámica fina anaranjada.

La siguiente forma más numerosa, con ocho ejemplares identificados, es la tinajilla bitruncocónica cuyo galbo puede presentar uno o más baquetones a lo largo de su perfil. Hemos identificado tres tipos de bordes: exvasados, vueltos con acanaladura para tapadera y de ala (Fig. 6, 4-6). El modelo está bien representado en otros yacimientos vacceos a través de tinajas con el borde simple exvasado, más comúnmente conocidos como de “palo de golf”. Un buen ejemplo de este perfil son los ejemplares recuperados de *Cauca* (Romero, Romero y Marcos, 1993: 239, fig. 7: A-716; 243, fig. 9, 245, fig. 10; Blanco, 2018a: 129, 7) y *Rauda* (Sacristán, 1986: 327-333). A partir de estos prototipos las tinajillas experimentan ciertos cambios en el trazado de sus bordes y en la reducción de su tamaño. En suma, es una forma

que sobrevive a la romanización, formando parte del repertorio vascular *tardovacceo* (Blanco, 2015: 458) gracias a su practicidad y porte más manejable que las tinajas encastradas.

El relleno del pozo también ha proporcionado cinco individuos de vasos abombados o boles. Se trata de un perfil muy usual en los yacimientos prerromanos de la Meseta Norte y del área celtibérica (Sánchez Climent, 2016: 349-356, tipos 6 y 7), con una amplia cronología desde al menos finales del siglo IV a.C. hasta el siglo I a.C. Por un lado, se documentan dos piezas de perfil hemiesférico (Fig. 6, 7), presentes en estaciones como *Rauda* (Sacristán, 1986: 342-344, láms. XXIX-XXXI; Abarquero y Palomino, 2012: 90, fig. 21, 5), Numancia, Fitero y el Soto de Medinilla (Wattenberg García, 1978). En *Pintia*, esta forma está documentada en el alfar de Carralaceña (Escudero y Sanz, 1993: fig. 7, 3 y 6), lo que nos indica su pervivencia en el siglo I a.C. A este tipo de boles se le suman aquellos con el hombro marcado, propios de los repertorios *tardovacceos* (Blanco, 2015: fig. 6). Hemos recuperado tres ejemplares de estos vasos tardíos, uno de los cuales incluye la característica pintura blanca (Fig. 6, 9) de las producciones del final del siglo II a. C. en adelante (Blanco, 2018b). Destacamos, asimismo, la presencia de varios fragmentos de formas indeterminadas que exhiben este tipo de pintura combinada con tonalidades marrones (Fig. 6, 15).

El repertorio fino anaranjado se complementa con la presencia de caliciformes (Fig. 6, 11). Se han cuantificado un total de tres ejemplares con este perfil, los cuales tienen una larga pervivencia al menos desde el siglo III a.C. de acuerdo al registro del alfar de los Azafranales (Blanco, 2018a: 130). Se trata de una forma ampliamente conocida en la protohistoria peninsular. En el mundo ibérico el caliciforme comparece junto a ánforas y jarras (Sardá, 2010; Sardá, Fatás y Graells, 2010), por lo que juega un papel importante dentro del banquete y el simposio. De la misma manera, estas piezas forman parte del servicio de mesa en el ámbito vacceo como vasos para beber (Górriz, 2010), lo que les asegura una larga pervivencia hasta la romanización. Así lo demuestra el ejemplar de la tumba 56, fechada hacia finales del siglo I a.C. (Sanz, 1997: 130, fig. 132, E); o la tumba 259, fechada en el último cuarto del siglo I d.C. (Sanz y Carrascal, 2013: 12, centro arriba).

Dos fragmentos de botella anaranjada han sido registrados en el relleno del pozo. Uno de ellos corresponde a una botella boca de seta o unguentario, bastante termoalterado. Es una forma muy común en los repertorios vacceos, apareciendo en buen número en tumbas de la necrópolis de Las Ruedas como las 122, 127b y 153, con cuatro, cinco y veintiséis unguentarios respectivamente (Sanz y Romero, 2010a: figs. 1 y 3; Sanz y Romero, 2009: 13; Romero *et al.*, 2013: 108, fig. 10). Asimismo, disfrutaban de un amplio arco cronológico, tanto en el área ibérica (Mata y Bonet, 1992: 134-135, fig. 16) como en la vaccea (Sanz, 1997: 290-292), entre al menos el siglo III a.C. y el cambio de la Era, con ejemplos claros en nuestra zona como la tumba 115 de Las Ruedas (Blanco, 2015: fig. 14, derecha abajo) o la necrópolis de Eras del Bosque (Carretero y Guerrero, 1990: fig. 6, 1; Barril, 1990: fig. 2 y 3; Coria, 2015: fig. 15, 11). Cabe destacar su función como contenedores de aceites gracias a los resultados de las analíticas efectuadas a nueve ejemplares de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz *et al.*, 2003c: 157; Prieto *et al.*, 2012). Su cuerpo globular, la estrechez de sus cuellos para evitar la volatilidad de

los aromas y los labios vueltos para dosificar los vertidos (Sanz y Coria, 2018: 137) contribuyen sin género de duda a este uso como unguentarios.

El segundo ejemplar de botella se caracteriza por disponer de un menor estrangulamiento, ofreciendo piezas con un mayor diámetro de boca (Fig. 6, 8). Este tipo está presente en la necrópolis de Las Ruedas, como los dos ejemplares en la tumba 122 (Sanz y Diezhandino, 2007: 92; Sanz y Romero, 2010a: fig. 1, foto de conjunto: centro dcha.), uno en la tumba 37 (Sanz, 1997: 96) y otro más en la tumba 302 (Sanz, 2017: 10). Aparecen en el Soto de Medinilla, Numancia, Izana (Wattenberg García, 1973: 28) y *Cauca* (Blanco, 2018a: fig. 3.57, 12). Estos contextos nos remiten a los siglos III-I a.C. para el área vaccea y la Celtiberia (Sánchez Climent, 2016: 366).

Otra de las formas presentes en fina anaranjada es la fuente (Fig. 6, 10). Concretamente nos encontramos ante un perfil con el borde vertical de sección en T que da lugar a un galbo de tendencia abombada, correspondiente con el tipo 3 de cuencos de mesa altoimperiales de la Meseta Norte (Blanco, 2017: 194). Sin embargo, hemos incluido estas piezas en las fuentes por sus amplias dimensiones, puesto que los dos ejemplares detectados disponen de 28 cm de diámetro de boca. Asimismo, su inclusión en la clase fina anaranjada viene justificada por las similitudes macroscópicas con otros individuos y las diferencias con las producciones comunes romanas. En este sentido, los ejemplares documentados disponen de un bruñido y pasta muy similar a otras piezas finas anaranjadas, con lo que podríamos estar ante imitaciones de este tipo de fuente/cuenca común romano en dicha producción indígena. Recordemos que se han registrado imitaciones de sigillata en fina anaranjada (p.e. Sanz, 1997: 355; Morillo, Retuerce y Salido, 2014), por lo que es plausible que este proceso haya trascendido a la cerámica común romana. Respecto a su cronología, este perfil se detecta desde la segunda mitad del siglo I d.C. de acuerdo al registro del alfar de *Turiasu* (Aguarod, 1985: 33-34, figs. 8 y 9), pero pervivirá hasta el siglo III y IV d.C. en el resto de Hispania (Blanco, 2017: 194).

También se han recuperado dos fragmentos de tapadera fina anaranjada. El primero consiste en una pieza con el borde engrosado de sección almadrada (Fig. 6, 13). La ausencia de este tipo de bordes en cerámica indígena sugiere que estemos ante una imitación de tapadera romana, posiblemente la Hayes 182 de cocina africana, que disfruta de una cronología de difusión a partir de mediados del siglo II d.C. (Quevedo, 2019: 534 y 528, fig. 11, 14). Incluso podríamos relacionarla con la Hayes 195, documentada a partir del siglo III d.C. (Quevedo, 2019: 534), pero su escasa dispersión y cronología dificulta su consideración como modelo imitado. De todas maneras, no resulta imprudente pensar en la probable imitación de formas de cocina africana en la Meseta Norte, fenómeno que está bien documentado en *Hispania* a partir del siglo II d.C. (Aquilué, 2008). La segunda tapadera dispone de un pomo de perfil cónico, paredes de desarrollo abombado y pintura blanca a través de semicírculos que siguen el mismo patrón que la tapadera de la tumba 128 (Sanz y Romero, 2010a: 412, fig. 4) (Fig. 6, 14). Se puede encuadrar con el Subtipo 1.2 de Mata y Bonet (1992: 163), de pomo cónico.

Ha sido documentado un fragmento adscrito a un mortero fino anaranjado (Fig. 6, 12). Concretamente hablamos del tipo 8 de Blanco (2018-2019: 73-74), y se caracteriza por su perfil en forma de cáliz, muy parecido a las copas IIA de Wattenberg García (1978: 52). Los 9,5 cm

de diámetro del ejemplar recuperado lo acercan al prototipo en gris cérea de *Cauca* (2001: 42, fig. 1, IV 2). Finalmente, el relleno proporcionó un fragmento que creemos atribuible a un vaso de perfil troncoconico (Fig. 6, 3). En efecto, el ejemplar se identifica con la forma II del cementerio pintiano (Sanz, 1997: 281-283) y disfruta de una cronología antigua: finales del siglo IV a.C. e inicios del III a.C. en la necrópolis de Las Ruedas, aunque se rastrea en el siglo V a.C. y la primera mitad del IV a.C. en Cuéllar (Barrio, 1993: fig. 14, 1). En este sentido, cabe destacar la comparecencia de esta forma en los primeros niveles de ocupación de la ciudad de Las Quintanas (Gómez y Sanz, 1993: fig. 10, 12), lo que la convierte en una de las más antiguas de cerámica fina anaranjada del repertorio pintiano.

3.2. Cerámica torneada común o tosca vaccea

Esta clase cerámica es la segunda más frecuente en el conjunto estudiado. Solo se ha documentado un fragmento indeterminado, con lo que el resto exhibe perfiles atribuibles a tres formas. La más numerosa es la olla, recipiente que fue diseñado para cocinar debido a la mayor presencia de inclusiones silíceas en su matriz. También se usarían para la conservación y consumo de alimentos a medio o corto plazo, como harina, miel, hongos, leguminosas, frutos secos, conservas de carne o ya cocinados (Blanco, 2010: 276).

Hemos identificado dos tipos de perfiles. El primero responde a ollas piriformes, muy frecuentes en contextos prerromanos y posteriores. No disponen de decoración, a excepción de acanaladuras y resaltes en la zona del hombro (Blanco, 2010: 274), aunque hay algunos ejemplares decorados, como el que exhibe pintura negra de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz, 1997: 307), o las piezas caucenses con incisiones (Blanco, 2018a: 154). En el relleno del hoyo comparecen distintos tipos de bordes, mostrando la introducción de innovaciones morfológicas de raigambre romana a partir de época post-sertoriana (Escudero, 1999: 282). Así, el borde más frecuente es el engrosado con cuello (29), también llamado de “pico de pato” (Fig. 7, 2), seguido del de ala (14), el exvasado al exterior (7) y el engrosado sin cuello (4).

Se trata de una forma con una gran tradición en los yacimientos prerromanos peninsulares. Así, en el mundo ibérico las tenemos documentadas desde al menos el siglo VI a.C. (Mata y Bonet, 1992: 140) hasta momentos iberorromanos del II a.C., como es el conocido Cerro de la Cruz de Almedinilla (Vaquerizo, Quesada y Murillo, 2001: 148), cuando es sustituida finalmente por la olla de cocina romana. Para la Meseta Norte, parece ser que los primeros ejemplares de olla están inspirados en los de origen ibérico del siglo VI a.C. Al menos esta es la situación que parece observarse en *Cauca* (Blanco, 2018a: 154) aunque desconocemos cómo se van implantando las distintas subvariantes ni su representatividad en otros yacimientos meseteños. En definitiva, se trata del tipo de olla más frecuente en cerámica común vaccea, tanto en ambientes domésticos, como artesanales o funerarios. En este sentido, destacamos su comparecencia en los alfares de los Azafranales de *Cauca* (Romero, Romero y Marcos, 1993: fig. 8 y 11) en el siglo III a.C. y en Carralaceña en el siglo I a.C. (Escudero y Sanz, 1993: 490; Sanz y Escudero, 1995: 297). En el poblado de Las Quintanas se detectan al menos desde finales del IV e inicios del III a.C. (Gómez y Sanz, 1993: 349-358). En la

necrópolis de Las Ruedas, estas ollas sustituyen a los vasos urdidos como urna cineraria a partir de la segunda mitad del IV a.C. (Sanz, 1997: 307-308), y tienen presencia hasta la romanización del camposanto, cuando son reemplazadas por ollas de cocina romana como las presentes en las tumbas 56-64 y la 259, con bordes exvasados y vuelos para tapadera, junto a bases planas o plano-convexas (Sanz, 1997: 129-136; Sanz y Carrascal, 2013: 10-12, fig. de p. 12, arriba dcha.).

El segundo tipo de olla dispone de un perfil ovoide y un borde recto simple invasado (Fig. 7, 3). Solo se ha recuperado un ejemplar con este perfil, el cual puede relacionarse con algunas piezas manufacturadas (Escudero, 1995: 195, fig. 8, 4; 202, fig. 11, 12). Sin embargo, la comparecencia de esta olla en un vertedero romano hace que también la pongamos en relación con el tipo 4A de ollas de cocina romana altoimperiales de la Meseta Norte (Blanco, 2017: 172-173). El ejemplar que marca el tipo, procedente de Corona de Quintanilla (Domergue y Sillières, 1977: 141, fig. 50, 26 N 4), es mucho más grande que nuestra pieza, aunque ambos disponen de una singular acanaladura en su tercio superior.

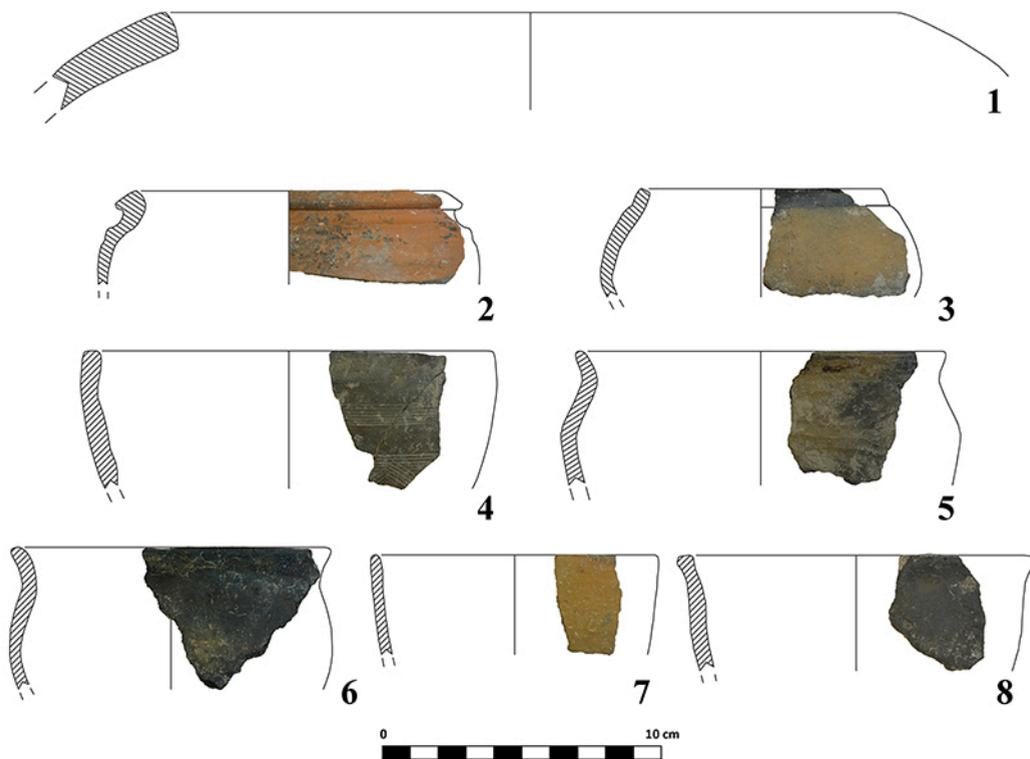


Figura 7. Cerámica común vaccea (1-3) y hecha a mano (4-8).

Las últimas formas identificadas de cerámica común vaccea están poco representadas. Así, se han registrado dos ejemplares de fuentes comunes de borde recto redondeado que da lugar a un cuerpo de tendencia hemiesférica. Se corresponden con la forma 7A de Escudero (1999: 280) y se hallan presentes en contextos indígenas como *Cauca* (Romero, Romero y Marcos, 1993: 249-250, Fig. 8, A-724 y Fig. 11, D-556), Carralaceña (Sanz y Escudero, 1994: fig. 2, 16) y los cenizales de Simancas (Wattenberg Sanpere, 1978: 95 y 97, 33). Finalmente, se ha recuperado un solo ejemplar adscribible a una tinaja de borde invasado simple de sección rectangular, una clara imitación de *dolia* romanos (concretamente el tipo III de Pereira y Morais, 2015) (Fig. 7, 1). Según los autores, este tipo de *dolium* se documenta durante los siglos III-IV d.C. en el ámbito rural. No obstante, el contexto más antiguo en que comparece nuestro ejemplar sugiere la imitación y/o inspiración en un prototipo más antiguo, con lo que habría que revisar las fechas manejadas para estas piezas de almacenaje.

3.3. Cerámica hecha a mano

La cerámica hecha a mano está poco representada en el repertorio estudiado. De los dieciocho individuos cuantificados, solo ocho han proporcionado forma; el resto se compone casi en exclusiva de bordes simples redondeados que posiblemente correspondan a cuencos, pero su fragmentación ha hecho que sean excluidos del análisis tipológico. Así pues, la primera forma identificada es el cuenco, con tres ejemplares bruñidos de los cuales dos exhiben decoración de peine inciso (Fig. 7, 4 y 7). Este perfil se identifica con la forma IV de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz, 1997: 231-232), aunque mantenemos nuestras dudas de que todos los individuos sean cuencos, ya que algunos también pueden ser copas al disponer de pie alto (Sanz y Pedro: 2015: 9, abajo).

Se trata de un perfil sencillo y muy generalizado, del que destaca su decoración peinada. Al principio fueron interpretadas como un indicador de etnicidad vetón, difundido desde su área nuclear hacia el Duero Medio y territorios circundantes (Ruiz Zapatero y Álvarez-Sanchís, 2002). Sin embargo, gracias al registro de la necrópolis de las Ruedas y a estratigrafías de asentamientos como la Mota de Medina del Campo (Seco y Treceño, 1993 y 1995) y Cuéllar (Barrio, 1993) se ha constatado que estas cerámicas tienen un antepasado común de peine inciso simple que evolucionará a otro más barroco en el área vetona e igualmente en la zona vaccea, si bien aquí con peines sobre todo impresos (Sanz, 1999a). Las últimas investigaciones sobre estas especies peinadas se han centrado en el estudio de los gestos técnicos de sus decoraciones. En efecto, en varios ejemplares de Las Ruedas se detecta la manufactura de un mismo artesano, además de un idéntico biselado en el borde, decoraciones en sentido dextrógiro en los ángulos del peine, la combinación de entorchados o cazoletas, y la presencia de decoración plástica en forma de W (Sanz y Blanco, 2015).

La siguiente forma identificada es el cubilete (Fig. 7, 8). Solo hemos documentado un ejemplar seguro de este perfil, correspondiente a la forma IX1 de Las Ruedas (Sanz, 1997: 238-239). Al igual que el cuenco, es un modelo con amplia dispersión geográfica, documentándose en ambientes vetones como la zona VI de La Osera (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: lám.

LXXXI, 19) y el Raso de Candelera (Fernández Gómez, 1986: fig. 465: 61-1). También está presente en la Celtiberia (Sánchez Climent, 2016: 433-434, Variante VIA.1), fechados desde el Celtibérico Antiguo (siglos VII y VI a.C.) hasta época celtibero-romana.

Finalmente, hemos identificado cuatro fragmentos atribuibles a vasos de perfil en S – trípodes (Fig. 7, 5 y 6). Se identifica con las formas VI y VII de Las Ruedas (Sanz, 1997: 234-237), que recogen sendos ejemplares bitroncocónicos con perfiles en S, tanto de desarrollo abrupto como suavizado. En ambos modelos comparecen variantes trípodes, por lo que ante la duda de si son trípodes o no hemos decidido referirnos a ellos con dicha referencia compuesta.

Es innegable el éxito y extensión del que gozaron los vasos de perfil en S durante la Edad del Hierro, tanto en su variante de base plana como trípode. Durante el Hierro I, documentamos este perfil en la cultura de El Soto y en los castros sorianos, cuyos ejemplares se ven fuertemente influenciados por los CC. UU. (Sanz, 1997: 237). En concreto, se rastrea a partir del siglo VII a.C. en las estratigrafías de La Mota de Medina del Campo (Seco y Treceño, 1993 y 1995) y Cuéllar (Barrio, 1993). Durante la segunda Edad del Hierro, esta forma percola con facilidad en las poblaciones prerromanas de la Meseta Norte. En el área vetona, se tiene registrada en Las Cogotas (Cabré, 1930: láms. XXVII y XXVIII: 1 y 2) y La Osera (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: fig. 14). Para el área vaccea disponemos del ejemplar de base plana del barrio de Tardumeros, en Melgar de Abajo (Cuadrado y San Miguel, 1993, 331, fig. 11, 5), así como la colección de la necrópolis de Las Ruedas (Sanz, 1997: 236-237). Sin embargo, lo más común es que encontremos ejemplares de perfiles en S en los que no se puede establecer con certeza si son trípodes o no como en *Randa* (Abarquero y Palomino, 2012: 84, fig. 19, 4) y en la propia zona de habitación de *Pintia* (Gómez y Sanz, 1993: fig. 6, 10).

3.4. *Terra sigillata hispánica (TSH)* y *sudgálica (TSS)*

Las cerámicas de la familia de la *terra sigillata* están bien representadas en el contexto si la comparamos con su presencia en el resto de unidades excavadas en la Zanja I. De las dos clases de sigillatas presentes en el relleno, la TSS es la menos frecuente, con un solo fragmento correspondiente a una copa Drag. 27 (Fig. 8, 7). Este hecho contrasta con los veintidós individuos de TSH, de los cuales cuatro son fragmentos indeterminados. El resto ha proporcionado cinco formas. Entre las lisas encontramos dos ejemplares de plato Hisp. 4, un plato Hisp. 15/17 (Fig. 8, 5) y ocho platos Hisp. 36, los cuales exhiben el labio recto o inclinado hacia arriba, sin decoración a barbotina y con una transición a la pared continua, sin cambio de plano brusco (Fig. 8, 3 y 4). Cabe destacar que una de estas piezas exhibe un grafito en la superficie externa (Fig. 8, 4), una simple aspa sin significación filológica, común entre las evidencias escritas en *sigillata* (p. e. Pérez y Arribas, 2016: n° 79, 89 y 144).

Las decoradas están bien representadas, con cinco cuencos Hisp. 37, concretamente la variante “a” de borde simple (Fig. 8, 1 y 2). Se trata de una forma con implicaciones cronológicas importantes, ya que su producción se inicia en la década de los 70 d.C., hasta alcanzar el Bajo Imperio. Los ejemplares documentados muestran motivos circulares y

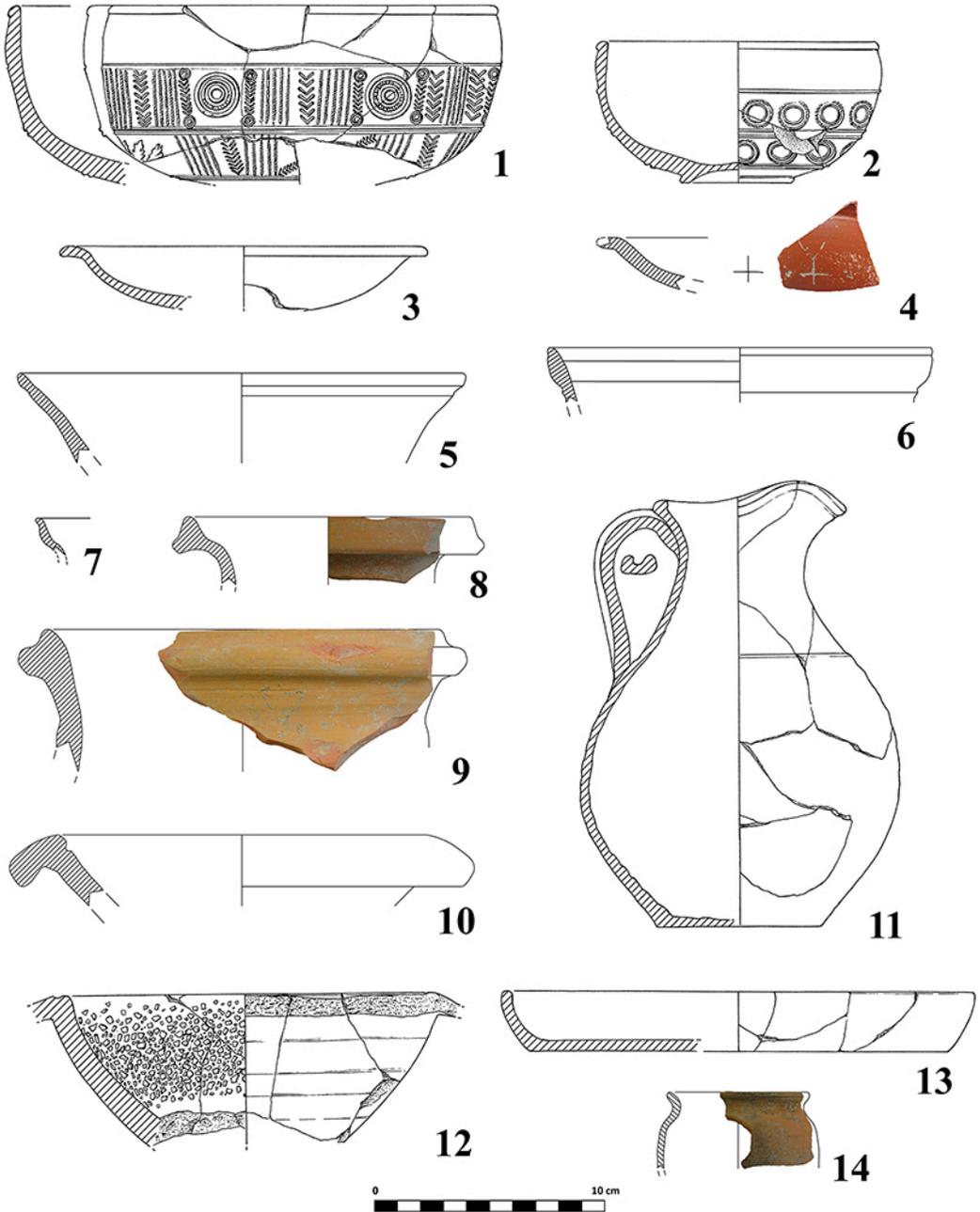


Figura 8. TSS (7), TSH (1-6), común romana (8, 9 y 11) y cocina romana (10, 12, 13-14).

vegetales que aparecen desde el comienzo de la producción y se hacen cada vez más frecuentes a finales del siglo I d.C. Asimismo, los bordes no muestran grandes tamaños, con lo que se alejan de las Hisp. 37 de finales del siglo II d.C. (Romero, 2015: 173). La segunda forma decorada es el cuenco Hisp. 29, con dos ejemplares (Fig. 8, 6). Su producción se detecta al comienzo de la actividad en los talleres tritienos a mediados del siglo I d.C., aunque será sustituido de forma paulatina por el cuenco Hisp. 37, hasta desaparecer por completo a finales del siglo I o comienzos del II d.C.

3.5. Cerámica común romana

Se han recuperado siete fragmentos de cerámica común romana, de los cuales uno es indeterminado, mientras que el resto responden a jarros, morteros y una tapadera. La tapadera posee un borde simple con el galbo convexo, atribuible a los tipos 2A, 2C o 3A de Blanco (2017: 182-184) y fechados *grosso modo* a finales del siglo I d.C. e inicios del II d.C. También puede ser asimilado a la forma 1 de tapaderas de Peinado (2010: 133).

Los tres ejemplares de jarros responden a distintos tipos. El primero es de perfil ovoide, cuello ancho y corto, base plana y boca trebolada (Fig. 8, 11) y dado a conocer anteriormente (Centeno *et al.*, 2003: fig. 19, 1). Se corresponde el tipo 1B de Blanco (2017: 203-204), siendo este individuo el elegido por dicho autor para marcar el tipo. El segundo muestra el borde engrosado al exterior con resalte externo (Fig. 8, 9), pudiendo ser asimilado al tipo 10 de Blanco (2017: 214), fechado en la segunda mitad del siglo I d.C. a través de ejemplares recuperados en *Petavonium* (Carretero, 2000: 132 y 678, fig. 61, 390 y fig. 343, 127). El tercero conforma un borde engrosado al exterior y con resalte interno para tapadera (Fig. 8, 8). Este tipo es realmente común entre los/as jarros/as, encontrando similitudes en el modo de engrosamiento con la forma 2 y 3 de Peinado (2010: 142), aunque sin el asiento para tapadera; ítem más, la tendencia a la horizontal del final del galbo conservado en nuestro ejemplar hace incluso que nos planteemos si no se trata de un ánfora.

Finalmente, comparecen dos ejemplares de mortero correspondientes a distintos perfiles. El primero (Fig. 8, 12) (Centeno *et al.*, 2003: 91-94, fig. 19, 2) es asimilable al tipo 2 de Blanco (2017: 178-179), y se caracteriza por disponer de un cuerpo en forma de casquete esférico y borde vuelto horizontal, además de inclusiones en su superficie que contribuyen a la molturación. En esencia, estamos ante una imitación local del mortero tipo Dramont D2 (Joncheray, 1972) y se documenta profusamente a partir de la segunda mitad del siglo I d.C. hasta finales del siglo II d.C.

El segundo (Fig. 8, 10) se corresponde con el tipo 3 de Blanco (2017: 179) caracterizado por un cuerpo también con forma de casquete esférico y borde vuelto curvado redondeado. Dispone de una canaladura interna e inclusiones en su interior. Al igual que el otro mortero, se trata de una derivación del Dramont D2, con idéntica cronología. Así lo muestran ejemplares del mismo tipo recuperados de otros yacimientos como Segóbriga (Almagro-Gorbea y Lorrio, 1989: 137, fig. 67, 5), fechado en el siglo I d.C. o un ejemplar del vertedero de la calle Maestro Copín en León, fechado a comienzos del II d.C. (Fernández Freile, 2003: 132, lám. 96, 110/59; Morillo, 2015: 304-305).

3.6. Cerámica de cocina romana

Se han recuperado un total de cinco fragmentos atribuibles a cerámica de cocina romana. De ellos, tres se corresponden con ollas de gran porte con asiento para tapadera. Se asimilan al tipo 1B de Blanco (2017: 170) y cuentan con una amplia cronología y dispersión. Otro ejemplar corresponde a una olla de menor porte, de borde exvasado y estrangulado (Fig. 8, 14), concretamente el tipo 6A de la Meseta Norte (Blanco, 2017: 174), que cuenta con una cronología de finales del siglo I d.C. y las dos primeras décadas del II d.C. de acuerdo al registro del Castro de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 250, fig. 116, 644).

La otra forma identificada entre las especies de cocina romana es el plato-fuente de fondo plano y paredes de tendencia abierta (Fig. 8, 13), asimilables al tipo 1 de platos-fuente para la Meseta Norte (Blanco, 2017: 187-189). En nuestro ejemplar no se observan ni signos de termoalteración ni pintura roja de imitación de engobe rojo pompeyano. Este fenómeno de imitación se detecta en bastantes platos-fuentes de este modelo, que siguen la forma Luni 5 de rojo pompeyano, muy extendida por el Imperio (Francia, Suiza, Inglaterra, Grecia, Norte de África, *limes* Germánico, Chipre y Austria) (Peinado, 2017: 126).

Respecto a las cronologías, este tipo de plato se conoce en la Meseta Norte desde la primera mitad del siglo I d.C., pero será a partir de la segunda mitad de este siglo en adelante cuando su frecuencia se incremente (Blanco, 2017: 188). En la necrópolis de Las Ruedas los tenemos registrados en posición secundaria (Sanz, 1997: 178, 592, fig. 174, 592) y en contextos cerrados como el ejemplar que contuvo un guiso de ave de corral de la tumba 68, fechada entre el 50 y 60 d.C. (Sanz *et al.*, 2003b: 210, fig. 9 A). Cronologías de finales del siglo I d.C. e inicios del II d.C. disfrutaron los platos recuperados en el vertedero de la calle Vacceos de Palencia (Romero *et al.*, 2014: 458, fig. 8, 7-9) y de Castro de Corporales (Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 250, fig. 116, 660). Los platos del vertedero de la calle Maestro Copín de León (Fernández Freile, 2003: 128-129 y 133-134, láms. 91 y 98), de Montealegre de Campos (Rojo, 1988: 55, fig. 10, arriba) y Huerña (Domergue y Martín, 1977: 119-121, fig. 31) remiten al siglo II d.C., mientras que los recuperados de la calle Juan Mambrilla de Valladolid (Sánchez Simón y Santamaría, 1996: 91, fig. 6, 6-7) están fechados en la segunda mitad del II d.C.

3.7. Cerámica Tipo Clunia

El único fragmento de esta clase cerámica responde a un borde indeterminado. Su presencia no desentona en el relleno del pozo, puesto que esta especialidad cerámica comienza su producción en *Pallantia* y Clunia entre el 50 y 60 d. C., siendo imitadas de forma local en el Alto Duero en los siglos II, III y IV d.C. (Blanco, 2015: 448-449). Asimismo, es usual la comparecencia de esta especie en contextos de abandono de la ciudad de *Pintia*, y en el relleno de los fosos de la muralla (Sanz *et al.*, 2011: 228, fig. 5, B).

4. Discusión

El estudio tipológico del conjunto revela una amplia variedad de clases cerámicas contenidas en el relleno del hoyo. En consecuencia, asistimos a la comparecencia de piezas de diferentes cronologías, provenientes tanto de los niveles que son cortados por el pozo como de aportes más modernos. De esta manera se explica la presencia de un número nada desdeñable de cerámicas hechas a mano, algunas con decoraciones peinadas que nos remiten a los siglos IV y III a.C. (Blanco, 2010: 259), aunque con pervivencia hasta finales del siglo II a.C. e inicios del I a.C. según el registro de las Ruedas (Sanz y Coria, 2018: 148). Esta larga perduración de las producciones urdidas y su coexistencia con las torneadas también se observa en los niveles II y III del sondeo de Las Quintanas en 1985 (Gómez y Sanz, 1993; Sanz, 1997: 227), con lo que hay que entender estas piezas como elementos provenientes originalmente de los niveles infrayacentes, desde el fundacional del siglo IV a.C. hasta el I a.C.

Las cerámicas finas anaranjadas también resultan de especial interés, por cuanto su temporalidad sobrepasa el cambio de la Era, formando las denominadas producciones *tardovaceas* hasta principios del siglo II d.C. (Blanco, 2015: 432). De acuerdo al análisis tipológico, el caliciforme, el mortero, el cuenco-copa, la tinaja, la tinajilla y el vaso abombado/bol bien podrían formar parte de escombros modernos, ya que son perfiles que sobreviven en época altoimperial. Especial relevancia toma la fuente de borde de sección en T (Fig. 6, 10), posible imitación de su perfil homónimo común romano que nos remite claramente a la segunda mitad del I d.C. en adelante. También la tapadera que posiblemente imita las Hayes 182 de cocina romana nos remite a mediados del siglo II d.C., tratándose del modelo fino anaranjado más reciente tipológicamente hablando. En última instancia, la presencia de indeterminados decorados con pintura blanca nos indica la inclusión de materiales propios de la postrimería del mundo vacceo, desde finales del II a.C. hasta al menos el I d.C. (Blanco, 2018b).

Por el contrario, tenemos otras formas en fina anaranjada que podemos adscribir con cierta seguridad a los niveles infrayacentes. Una de ellas es la botella, tanto en su formato pequeño como mediano. El unguentario se encontraba quemado, por lo que resulta lógico pensar que proviene de alguno de los niveles de incendio infrayacentes como el sertoriano. Respecto a la botella de menor estrangulamiento, hemos visto cómo los paralelos de la necrópolis de Las Ruedas nos remiten a los siglos III-I a.C. Finalmente, el vaso troncocónico adscrito a la forma II de Las Ruedas nos remite claramente a fines del siglo IV a.C. e inicios del III, revelando su pertenencia a los niveles de habitación inferiores.

La comparecencia de la olla común vaccea de perfil piriforme en el relleno no aporta mayores implicaciones cronológicas, al tratarse de una forma ampliamente extendida desde el siglo IV a.C. hasta época altoimperial. No obstante, sí resulta de interés la presencia de bordes de ala para tapadera, puesto que es una modificación morfológica que penetra poco a poco entre las poblaciones indígenas con la romanización. Asimismo, la identificación de una olla de borde invasado, relacionada con las producciones de cocina romanas, pone de relieve la producción de nuevos perfiles en esta especialidad vascular durante el siglo I d.C.

Finalmente, las especies romanas son las que aportan cronologías para fechar con más precisión la apertura del pozo. La importación Drag. 27, el plato Hisp. 4 y la copa Hisp. 29 se presentan como las evidencias más claras para considerar la excavación del pozo entre finales del siglo I d.C. y la primera mitad del II d.C. Estas formas vienen acompañadas de otras con amplia cronología como el cuenco Hisp. 37 y el plato Hisp. 36, que bien pudieron ser desechados a lo largo del siglo II d.C. al ser producidos en esa centuria. Por otro lado, las producciones comunes y de cocina romanas apoyan la cronología propuesta para el relleno. Así, el ejemplar con el arco temporal más cerrado es el jarro de borde engrosado (Fig. 8, 9), el cual nos remite a finales del I d.C. Junto a éste encontramos que la tapadera común, la ollita de cocina (Fig. 8, 14) y el mortero derivado del Dramont D2 (Fig. 8, 10) disfrutaban de un arco temporal de finales del siglo I d.C. y comienzos del II d.C., mientras que el otro mortero (Fig. 8, 12) y el plato-fuente (Fig. 8, 13) se documentan en la segunda mitad del I d.C. y perviven durante toda la centuria siguiente.

Con todo, nos sorprende la poca significación estadística que tienen las clases cerámicas romanas en el conjunto estudiado, las cuales suponen un 11,06 %. Este hecho puede deberse a varios factores. Primeramente, a que buena parte del escombros utilizado para volver a rellenar el pozo fuera la propia tierra extraída en su excavación, con lo que las producciones vasculares indígenas son las que predominan. Asimismo, cabe relacionar la baja frecuencia de cerámica romana con un mayor tiempo de uso de ésta en sus contextos sistémicos, por lo que solo una pequeña parte de esa vajilla habría caído en desuso. En este sentido, es lógico pensar que las especies romanas irían ganando valor añadido, tanto funcional como ideológico conforme se suceden las décadas, hasta el punto de formar parte del ajuar de los finados de Las Ruedas (Romero y Sanz, 1990; Sanz, 1999b). En segundo lugar, podemos considerar que parte del relleno del pozo refleja la demanda de productos cerámicos de los habitantes de Las Quintanas en los últimos momentos de su ocupación. Así, habría que entender que la cerámica romana tuvo un bajo impacto en los repertorios domésticos respecto a la de raigambre indígena, máxime si tenemos en cuenta que varias de las formas documentadas de fina anaranjada perviven hasta la primera mitad del siglo II d.C. (Blanco, 2015: 432).

Asimismo, esta especialidad fina anaranjada es la más frecuente del conjunto, al igual que sucede en el vertedero de la misma cronología de la calle Vacceos en Palencia (Romero *et al.*, 2014). También en la calle Juan Mambrilla de Valladolid (Sánchez Simón y Santamaría, 1996) la cerámica pintada alcanza buena representación, concretamente el 32,2 %, aunque en este caso la TSH es la clase mejor representada, con un 34,8%.

En definitiva, la hipótesis que contempla parte del relleno como el reflejo de la demanda local debemos tomarla con las debidas cautelas, ya que no disponemos de contextos y estratigrafías de cronología altoimperial con cuantificación debidamente publicadas. A ello se suma la falta de estudios de vertederos de los *oppida* romanizados de la Meseta Norte, que nos permitan efectuar comparativas fiables a la hora de valorar la implantación de las especies romanas. En este sentido, resulta plausible plantear la revisión exhaustiva de los materiales cerámicos que rellenan los fosos del sistema defensivo, fechado entre el siglo I a.C. y finales del II d.C., y que engloba un conjunto vascular bastante similar al aquí estudiado, compuesto

por cerámica fina anaranjada, común vaccea, algún fragmento de campaniense, TS y material constructivo romano (Sanz *et al.*, 2011: 226 y fig. 5).

Así pues, hemos de contemplar ambas explicaciones como válidas a la hora de evaluar el bajo porcentaje de las especies romanas en el conjunto aquí presentado, hasta que se publiquen nuevos estudios de materiales de vertederos y contextos altoimperiales de yacimientos vacceos. Asimismo, debemos tener en cuenta que no se excavó la totalidad del pozo, suponiendo un sesgo parcial a la hora de valorar la totalidad de la muestra estudiada. Sin embargo, los 307 individuos recuperados en los 2,70 m excavados en extensión y otros 1,07 m en sección, bien merecen ser tenidos en cuenta, proporcionando cierta significación estadística a la hora de reflexionar sobre los últimos momentos de ocupación del área habitacional de *Pintia*.

5. Consideraciones finales

A lo largo de este trabajo hemos analizado la cerámica recuperada de un pozo realizado en la zona de habitación de *Pintia*, con el objetivo de conocer el momento de ejecución de la obra y la naturaleza de su relleno. El estudio del material ha corroborado su apertura entre finales del siglo I d.C. y la primera mitad del II d.C., tal y como se propuso inicialmente (Centeno *et al.*, 2003: 92). Por otro lado, la amplia cronología de los materiales exhumados, con fechas que ocupan la totalidad de la secuencia temporal del *oppidum* desde su fundación en el siglo IV a.C. hasta época altoimperial, indica que el relleno estaba compuesto tanto por el propio sedimento extraído durante su excavación como por aportes más modernos. En consecuencia, las unidades estratigráficas identificadas responden a paquetes muy mezclados en los que coexisten cerámicas de dispar cronología, con lo que es imposible atribuir un valor temporal a la secuencia de vertido. En este sentido, es significativa la identificación de TSH en los niveles iniciales, lo que indica la mezcla de escombros modernos y antiguos desde el primer momento de su colmatación. Aunque es imposible conocer el lapso de tiempo entre la apertura y cierre del pozo, probablemente fuera rápido debido al peligro que suponía dejarlo abierto. Si tenemos en cuenta esta premisa, podemos suponer que todo ello se realizó más concretamente en un momento del siglo II d.C., de acuerdo a la presencia de piezas con periodos de uso claros en dicha centuria.

Por otro lado, la identificación de formas indígenas tardías, junto a la poca representatividad de las especies romanas en el vertido, sugiere algunas reflexiones sobre el consumo cerámico hacia finales del periodo vacceo-romano. Así pues, se plantean dos hipótesis para explicar los porcentajes de las distintas familias cerámicas documentadas en el relleno. La más plausible es que la mayoría del sedimento utilizado formaba parte de los niveles infrayacentes, con lo que los aportes con cerámica romana —TSS, TSH, común y de cocina— son mínimos en este contexto debido a su uso continuado en otros sectores del yacimiento aún no documentados. En contrapartida, podemos asumir que buena parte del material cerámico del hoyo es contemporáneo a su realización gracias a la documentación de producciones anaranjadas y comunes que perviven durante el Alto Imperio. De esta manera,

el alto porcentaje de cerámica indígena sugeriría una cierta predilección por la vajilla de raigambre local en detrimento de la romana durante el siglo I d.C. como demuestra, no solo la pervivencia de su producción, sino la dispersión fuera del ámbito vacceo de cerámicas conformadoras de los repertorios *tardovacceos* (Blanco, 2015: 466). En la misma línea se presentan enclaves como *Cauca* (Blanco, 2018a: 237-238), las fases I-VII de Palencia (Quintana y Estremera, 2012) y la propia necrópolis de Las Ruedas con tumbas como la 56 y 68 (Sanz, 1999b; Sanz *et al.*, 2003b: 210, fig. 9 A), todos ellos contextos del siglo I d.C. en los que la cerámica fina anaranjada convive con las especies romanas, en toda una suerte de pervivencia del mundo indígena frente a una nueva realidad política y social. Sea como fuere, para corroborar estas hipótesis se hace necesario el estudio de más contextos habitacionales y vertederos de similar cronología con cuantificación que nos permitan hacer ejercicios comparativos.

Finalmente, la documentación de estos hoyos de gran calibre pone de relieve el fin del uso como zona residencial de esta área de Las Quintanas en un momento inmediatamente anterior al de la apertura del pozo, esto es segunda mitad del siglo I d.C. No podemos afirmar con rotundidad el porqué de la realización de estas obras, aunque muy posiblemente se trate de pozos que buscan el nivel freático gracias a la proximidad con el río Duero. En consecuencia, el relleno de la estructura analizada indica que estamos ante un pozo artesiano fallido, cuya rápida colmatación tal vez estuviera motivada por el peligro que suponía dejarlo vacío para los habitantes de la *mansio*. Ciertamente, la elección de acometer una obra de tal magnitud en una zona que tradicionalmente había sido un caserío, responde a cambios profundos en la organización del espacio urbano del asentamiento. Una transformación tal vez estimulada por la municipalización flavia, no documentada en *Pintia*, pero extendida a multitud de municipios de este ámbito territorial y que tiene cierta expresión en la extensión de la epigrafía (Martino, 2004: 124-125; Gallego, 2016). Todo ello manifestado en un contexto en el que la *Pax Romana* había alcanzado cada uno de los rincones de *Hispania*.

BIBLIOGRAFÍA

- ABARQUERO MORAS, F. J.; PALOMINO LÁZARO, A. L. (2006): “Vertavillo, primeras excavaciones arqueológicas en un *oppidum* del Cerrato palentino”. *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*, 77, pp. 31-116.
- (2012): *Arquitectura doméstica y mundo simbólico en la ciudad vaccea de Rauda. La 'Casa del Sótano' en Las Eras de San Blas (Roa, Burgos)*. Institución Fernán González, Burgos.
- AGUAROD, M. C. (1985): “Avance al estudio de un posible alfar romano en Tarazona: IV, la cerámica común”. *Turiaso*, VI, pp. 19-62.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; LORRIO ALVARADO, A. J. (1989): *Segobriga III. La muralla norte y la puerta principal. Campañas 1986-1987*. Diputación Provincial de Cuenca, Cuenca.
- AQUILUÉ, X. (2008): “Las imitaciones de cerámica africana en *Hispania*”. En D. Bernal, A. Ribera (eds.), *Cerámicas Hispanorromanas. Un Estado de la Cuestión*. Cádiz, pp. 553-561.
- BARRIL VICENTE, M. (1990): “Dos imitaciones de kernoi en el Museo Arqueológico Provincial de Palencia”. En M. V. Calleja (coord.), *Actas del II Congreso de Historia de Palencia (27, 28 y 29 de abril de 1989)*. Palencia, pp. 327-345.

- BARRIO MARTÍN, J. (1993): “Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar, Segovia)”. En F. Romero, C. Sanz, Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid, pp. 173-212.
- BLANCO GARCÍA, J. F. (2001): “La cerámica celtibérica gris de imitación de vasos metálicos en el Valle del Duero: propuesta de sistematización y problemática en torno a su origen”. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, 27, pp. 23-62.
- (2010): “La cerámica vaccea”. En F. Romero, C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid, pp. 231-256. Vaccea monografías, 4.
- (2015): “Cerámica pintada meseteña desde Augusto hasta Adriano”. En C. Fernández, Á. Morillo, M. Zorzalejos (eds.), *Manual de Cerámica Romana II. Cerámicas romanas de Época Altoimperial en Hispania. Importación y Producción*. Alcalá de Henares, pp. 429-491.
- (2017): “Cerámica común romana altoimperial de cocina y mesa, de fabricación local, en la Meseta”. En C. Fernández, Á. Morillo, M. Zorzalejos (eds.), *Manual de cerámica romana III. Cerámicas romanas de época altoimperial III: cerámica común de mesa, cocina y almacenaje. Imitaciones hispanas de series romanas. Otras producciones*. Alcalá de Henares, pp. 143-236.
- (2018a) *Cauca vaccea. Formación, desarrollo y romanización de una ciudad*. Centro de Estudios Vaceos Federico Wattenberg, Universidad de Valladolid, Valladolid. Vaccea monografías, 5.
- (2018b): “La cerámica vaccea decorada con pintura blanca”. *Anejos de CuPAUAM*, 3, pp. 193-202.
- (2018-2019): “Utensilios cerámicos auxiliares para la preparación y consumo de alimentos en el área vaccea”. *Oppidum. Cuadernos de investigación*, 14, pp. 67-102.
- BURILLO MOZOTA, F. (2010): “Vino y ritual en la Celtiberia”. En F. Burillo (coord.), *VI Simposio sobre los Celtiberos. Ritos y Mitos*. Zaragoza, pp. 573-594.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones en Las Cogotas, Cardeñosa, (Ávila). I. El castro*. Tipografía de Archivos, Madrid. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 110.
- CABRÉ AGUILÓ, J.; CABRÉ DE MORÁN, E.; MOLINERO PÉREZ, A. (1950): *El astro y la necrópolis del Hierro céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Ministerio de Educación Nacional, Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Madrid.
- CARRETERO VAQUERO, S. (2000): *El campamento romano del Ala II Flavia en Rosinos de Vidriales (Zamora): la cerámica*. Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo”, Zamora.
- CARRETERO VAQUERO, S.; GUERRERO ARROYO, J. (1990): “La necrópolis romana de Eras del Bosque (Palencia). Nuevos materiales cerámicos”. En M. V. Calleja (coord.), *Actas del II Congreso de Historia de Palencia (27, 28 y 29 de abril de 1989)*. Palencia, pp. 367-382.
- CENTENO CEA, I.; SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; GARRIDO BLÁZQUEZ, I. (2003): “Aproximación al urbanismo vacceo-romano de Pintia”. En C. Sanz, J. Velasco (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas Vaceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid, pp. 69-98.
- CORIA NOGUERA, J. C. (2015): “Las cerámicas vacceo-romanas de Eras del Bosque (Palencia) en el Museo Arqueológico de Granada”. *BSAA Arqueología*, LXXXI, pp. 149-170.
- CUADRADO BASAS, Á.; SAN MIGUEL MATÉ, L. C. (1993): “El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo”. En F. Romero, C. Sanz, Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid, pp. 303-334.
- DOMERGUE, C.; MARTÍN, T. (1977): *Minas de oro romanas de la provincia de León, II. Huerña: excavaciones de 1972-1973*. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid. Excavaciones Arqueológicas en España, 94.
- DOMERGUE, C.; SILLIÈRES, P. (1977): *Minas de oro romanas de la provincia de León, I. La Corona de Quintanilla: excavaciones 1971-1973. Las Coronas de Filieil, Boisán, Layego 1 y 2: exploraciones 1973*. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid. Excavaciones Arqueológicas en España, 93.

- ESCUADERO NAVARRO, Z. (1995): “Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de “El Soto de Medinilla” (Valladolid)”. En G. Delibes, F. Romero, A. Morales (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid, pp. 179-217.
- (1999): “Datos sobre la cerámica común a torno de época Vaccea”. En P. Bueno, R. de Balbín (coords.), *II Congreso de Arqueología Peninsular: Zamora, del 24 al 27 de septiembre de 1996*, Vol. 3. Zamora, pp. 275-288.
- ESCUADERO NAVARRO, Z.; SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): “Un centro alfarero de la época vaccea: el Horno 2 de Carralaceña (Padilla/Pesquera de Duero, Valladolid)”. En F. Romero, C. Sanz, Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid, pp. 471-492.
- FERNÁNDEZ FREILE, B. E. (2003): *La época romana en León: aspectos arqueológicos. Estudio arqueológico de un vertedero romano situado en la calle Maestro Copín c/v San Salvador del Nido en la ciudad de León*. Universidad de León, León. Colección de arqueología leonesa, 2.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F. (1986): *Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candelera*, I y II. Diputación Provincial de Ávila, Ávila.
- GALLEGO FRANCO, H. (2016): “Hábito epigráfico y promoción jurídica en las *civitates* de la Meseta Norte en el s. I d.C. Su reflejo en la onomástica personal”. *Hispania Antiqua*, XL, pp. 227-259.
- GARCÍA RUIZ, M. L. (1988): “Estudio antropológico de los restos de la necrópolis visigoda de Las Quintanas, Padilla de Duero”. *Archivos Leoneses*, 83-84, pp. 313-326.
- GÓMEZ PÉREZ, A.; SANZ MÍNGUEZ, C. (1993): “El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica”. En F. Romero, C. Sanz, Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid, pp. 335-370.
- GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2010): “Rituales de vino y banquete en la necrópolis de Las Ruedas de Pintia”. En F. Romero, C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid, pp. 231-256. Vaccea monografías, 4.
- JONCHERAY, K. P. (1972): “Contribution à l'étude de l'épave Dramont D, à Saint-Raphaël, d'après les travaux du G.E.S.M.S.R.”. *Cahier d'Archéologie Subaquatique*, 2, pp. 11-34.
- MARTINO GARCÍA, D. (2004): *Las ciudades romanas de la Meseta Norte de la península Ibérica: identificación, estatuto jurídico y oligarquías (ss. I-III d.C.)*. Universidad Complutense de Madrid, Madrid. Tesis Doctoral Inédita.
- MATA PARREÑO, C.; BONET ROSADO, H. (1992): “La cerámica ibérica: ensayo de tipología”. En J. J. Cabanilles (coord.), *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a Enrique Pla Ballester*. Valencia, pp. 117-173.
- MOREL, J. P. (1981): *Céramique campanienne: les formes*. École Française de Rome, Paris.
- MORILLO CERDÁN, Á. (2015): “Cerámica romana en el campamento de León durante el Alto Imperio. Importación vs. producción local”. En A. Martínez-Salcedo, M. Esteban, E. Alcorta (eds.), *Cerámica de época romana en el norte de Hispania y en Aquitania. Producción, comercio y consumo entre el Duero y el Garona*, Tomo II. Madrid, pp. 287-308.
- MORILLO, Á.; RETUERCE, M.; SALIDO, J. (2014): “Imitaciones de *Terra Sigillata* en cerámica vaccea. Un conjunto procedente de Montealegre de Campos (Valladolid)”. En R. Morais, A. Fernández, M. J. Sousa (eds.), *As produções cerâmicas de imitação na Hispania II*, Tomo II. Porto, pp. 35-43.
- OLMO MARTÍN, J. DEL; SAN MIGUEL MATÉ, L. C. (1993): “Arqueología aérea en asentamientos vacceos”. En F. Romero, C. Sanz, Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid, pp. 507-549.
- PEINADO ESPINOSA, M. V. (2010): *Cerámicas comunes romanas en el Alto Guadalquivir: El alfar de Los Villares de Andjar*. Universidad de Granada, Granada. Tesis Doctoral Inédita.
- (2017): “Cerámicas comunes romanas producidas en la Bética”. En C. Fernández, Á. Morillo, M. Zorzalejos (eds.), *Manual de cerámica romana III. Cerámicas romanas de época altoimperial III: cerámica común de mesa, cocina y almacenaje. Imitaciones hispanas de series romanas. Otras producciones*. Alcalá de Henares, pp. 99-141.

- PEREIRA, P.; MORAIS, R. (2015): “Estudo crono-tipológico de *dolia* romanos em Portugal”. En A. Martínez-Salcedo, M. Esteban, E. Alcorta (eds.), *Cerámica de época romana en el norte de Hispania y en Aquitania. Producción, comercio y consumo entre el Duero y el Garona*, Tomo I. Madrid, pp. 33-44.
- PÉREZ GONZÁLEZ, C.; ARRIBAS LOBO, P. (2016): “Cerámicas con grafito y algunos *sigilla* en TSH de Termes”. *Oppidum. Cuadernos de Investigación*, 12, pp. 85-147.
- PRIETO, A.; AVELLA, M.; GONZÁLEZ, M. A.; JIMÉNEZ, J.; ROMERO, F.; PABLO, R. DE; GÓRRIZ, C.; SANZ, C. (2012): “Analysis of the Residual in Grave Goods from the Vaccaea Era at the Necropolis of “Las Ruedas” in Pintia”. *Spectroscopy Letters*, 45, pp. 141-145.
- QUEVEDO, A. (2019): “Las cerámicas africanas de cocina en Hispania”. En C. Fernández, Á. Morillo, M. Zarzalejos (eds.), *Manual de cerámica romana IV*. Alcalá de Henares, pp. 505-547.
- ROJO, M. (1988): “Las excavaciones de 1985”. En A. Balil, R. Martín (eds.), *Tessera hospitalis de Montealegre de Campos (Valladolid). Estudio y contexto arqueológico*. Valladolid, pp. 47-62.
- ROMERO CARNICERO, M. V. (2015): “La *terra sigillata* hispánica: producciones del área septentrional”. En C. Fernández, Á. Morillo, M. Zarzalejos (eds.), *Manual de Cerámica Romana II. Cerámicas romanas de Época Altoimperial en Hispania. Importación y Producción*. Alcalá de Henares, pp. 149-230.
- ROMERO CARNICERO, M. V.; ROMERO CARNICERO, F.; MARCOS CONTRERAS, G. J. (1993): “*Cauca* en la Edad del Hierro. Consideraciones sobre la secuencia estratigráfica”. En F. Romero, C. Sanz, Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccaea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid, pp. 223-261.
- ROMERO CARNICERO, M. V.; SANZ MÍNGUEZ, C. (1990): “Sepulturas romanas de incineración en la provincia de Valladolid: los depósitos de Padilla de Duero y Simancas”. *Numantia. Arqueología en Castilla y León*, 3, pp. 165-174.
- ROMERO CARNICERO, F.; SANZ MÍNGUEZ, C.; GÓRRIZ GANÁN, C.; PABLO MARTÍNEZ, R. DE (2013): “Los sonajeros vacceos”. *B.S.A.A. Arqueología*, LXXIX, pp. 81-129.
- ROMERO CARNICERO, M. V.; CRESPO CAMACHO, J.; LIÓN BUSTILLO, C.; VALLE GONZÁLEZ, A. DEL; DELGADO IGLESIAS, J. (2014): “El vertedero de un taller cerámico de la Pallantia (Palencia) altoimperial”. En R. Morais, A. Fernández, M. J. Sousa (eds.), *As produções cerâmicas de imitação na Hispania II*, Tomo I. Porto, pp. 447-461.
- RUIZ ZAPATERO, G.; ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. R. (2002): “Etnicidad y arqueología: tras la identidad de los vettones”. *Spal*, 11, pp. 253-275.
- SACRISTÁN DE LAMA, J. D. (1986): *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero. Rauda (Roa, Burgos)*. Junta de Castilla y León, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- SÁNCHEZ CLIMENT, Á. (2016): *La cerámica celibérica meseteña: tipología, metodología e interpretación cultural*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Tesis Doctoral Inédita.
- SÁNCHEZ-PALENCIA RAMOS, F. J.; FERNÁNDEZ-POSSE Y ARNAIZ, M. D. (1985): *La Corona y el Castro de Corporales I. Truchas (León). Campañas de 1978-1981*. Ministerio de Cultural, Madrid. Excavaciones Arqueológicas en España, 141.
- SÁNCHEZ SIMÓN, M.; SANTAMARÍA, J. E. (1996): “La ocupación romana en Valladolid. Análisis de los datos de la excavación en el solar nº 6 de la calle Juan Mambrilla”. *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1993/1994*, 6, pp. 81-102.
- SANZ MÍNGUEZ, C. (1997): *Los vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Junta de Castilla y León, Valladolid. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6.
- (1999a): “La cerámica a peine. Nuevos datos para la definición de un estilo impreso en el grupo vacceo”. En P. Bueno, R. de Balbín (coords.), *II Congreso de Arqueología Peninsular: Zamora, del 24 al 27 de septiembre de 1996*, Vol. 3. Zamora, pp. 249-273.

- (1999b): “Indigenismo y romanización en el cementerio vacceo de las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)”. En P. Bueno, R. de Balbín (coords.), *II Congreso de Arqueología Peninsular: Zamora, del 24 al 27 de septiembre de 1996*, Vol. 3. Zamora, pp. 51-63.
- (2010): “Un vacío vacceo historiográfico: sus necrópolis”. En F. Romero, C. Sanz (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Valladolid, pp. 193-230. Vaccea monografías, 4.
- (2017): “Campaña XXVII 2016 de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero, Peñafiel). *Anuario Vaccea 2016*, 10, pp. 6-10.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; BLANCO GARCÍA, J. F. (2015): “Figuración y abstracción en el universo mental vacceo. El bestiario en Pintia”. *Vaccea Anuario 2014*, 8, pp. 48-64.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; CARRASCAL ARRANZ, J. M. (2013): “Campaña XXIII-2012 de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñafiel). *Vaccea Anuario 2012*, 6, pp. 6-12.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; CORIA NOGUERA, J. C. (2018): “La tumba 144 de la necrópolis de Las Ruedas”. En C. Sanz, J. F. Blanco (eds.), *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas: Dessobriga, Intercatia, Pintia y Cauca*. Valladolid, pp. 129-153. Vaccea monografías, 6.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; DIEZHANDINO COUCEIRO, E. (2007): “Tumba 90: una muerte demasiado prematura”. En C. Sanz, F. Romero (eds.), *En los extremos de la Región Vaccea*. León, pp. 99-102.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; ESCUDERO NAVARRO, Z. (1994): “Nuevos datos sobre las fibulas de ‘longo travessao sem espira’. La aportación de la Submeseta Norte península”. *BSAA*, LX, pp. 153-170.
- (1995): “El conjunto arqueológico de Padilla/Pesquera de Duero (Valladolid). Evolución del asentamiento durante la etapa indígena”. En G. Delibes, F. Romero, A. Morales (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid, pp. 271-305.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; GÓMEZ PÉREZ, A.; ARRANZ MÍNGUEZ, J. A. (1993): “La necrópolis vaccea de Carralaceña, un nuevo conjunto funerario del complejo arqueológico Padilla-Pesquera de Duero (Valladolid)”. *Numantia. Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4, pp. 129-147.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; LÓPEZ RODRÍGUEZ, J. R. (1988): “Hallazgos romanos y visigodos en Padilla de Duero (Valladolid)”. *Archivos Leoneses*, 83-84, pp. 291-312.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; PEDRO, R. (2015): “Campaña XXV-2014 de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñafiel). *Vaccea Anuario 2014*, 8, pp. 6-10
- SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F. (2009): “Campaña XIX (2008) de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñafiel)”. *Vaccea Anuario 2008*, pp. 6-13.
- (2010a): “Mujeres, rango social y herencia en la necrópolis vaccea de Las Ruedas, Pintia (Padilla de Duero/Peñafiel, Valladolid)”. En F. Burillo (coord.), *VI Simposio sobre los Celtiberos. Ritos y Mitos*. Zaragoza, pp. 403-420.
- (2010b): *Informe de los trabajos realizados en la Zona Arqueológica Pintia, Padilla de Duero/Peñafiel, previos a la realización de zanjas de canalización para el regadío de la vega con el pantano de Valdemudarra*. Informe inédito depositado en Consejería de Agricultura y Diversificación Rural, de la Junta de Castilla y León.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; GÓRRIZ GAÑÁN, C. (2009): “Espacios domésticos y áreas funcionales en los niveles sertorianos de la ciudad vacceo-romana de Pintia (Padilla de Duero/Peñafiel, Valladolid)”. En M. C. Belarte (ed.), *L’Espai Domèstic i l’Organització de la Societat a la Protobhistòria de la Mediterrània Occidental (1er mil·lenni aC)*. Barcelona, pp. 253-270. Arqueo Mediterrània, 11.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO VÁZQUEZ, J. (eds.) (2003): *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Universidad de Valladolid, Valladolid.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; CENTENO CEA, I.; GALLARDO MIGUEL, M. A.; OLMO MARTÍN, J. DEL. (2003a): “Pintia: nacimiento y desarrollo de un oppidum vacceo-romano”. En C. Sanz, J. Velasco (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid, pp. 45-65.

- SANZ MÍNGUEZ, C.; MARCO SIMÓN, F.; BELTRÁN LLORIS, F.; CATALÁN GARRIDO, L.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; CENTENO CEA, I. (2003b): “Las Ruedas de *Pintia*: Nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides”. En C. Sanz, J. Velasco (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid, pp. 197-220.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; VELASCO VÁZQUEZ, J.; CENTENO CEA, I.; JUAN I TRESSERRAS, J.; MATAMALA, J. C. (2003c): “Escatología vaccea: nuevos datos para su comprensión a través de la analítica de residuos”. En C. Sanz, J. Velasco (eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea. Investigaciones arqueológicas Vacceas, Romanas y Visigodas (1999-2003)*. Valladolid, pp. 145-171.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; MARCOS SIMÓN, F.; BELTRÁN LLORIS, F.; VELASCO VÁZQUEZ, J. (2006): “Nuevos datos para la contextualización de las estelas funerarias discoides en *Pintia* (Padilla de Duero, Valladolid)”. En *O Arqueólogo Português. Actas do VIII Congresso Internacional de Estelas Funerarias*. Lisboa, pp. 63-91.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; OLTEANU, T.; GÓRRIZ GAÑÁN, C.; PABLO MARTÍNEZ, R. DE (2010): “Los sistemas defensivos de *Pintia*”. *Vaccea Anuario 2009*, 3, pp. 13-19.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; GÓRRIZ GAÑÁN, C.; PABLO MARTÍNEZ, R. DE (2011): “El foso y el sistema defensivo de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)”. *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 21, pp. 221-232.
- SANZ MÍNGUEZ, C.; ROMERO CARNICERO, F.; GÓRRIZ GAÑÁN, C.; PABLO MARTÍNEZ, R. DE (2014): “El complejo defensivo de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid)”. En F. Burillo, M. Chordá (eds.), *Nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones. VII Simposio sobre Celtíberos*, Daroca, 20 al 22 de marzo de 2012. Zaragoza, pp. 129-137.
- SARDÁ SEUMA, S. (2010): *Pràctiques de consum ritual al curs inferior de l'Ebre, Comensalitat, ideologia i canvi social (S.VII-VI ANE)*. Universitat Rovira i Virgili, Tarragona. Tesis Doctoral Inédita.
- SARDÁ, S.; FATÁS, L.; GRAELLS, R. (2010): “Prácticas rituales, comensalidad e ideología en un espacio de transición. Ámbitos diferenciales en la Terra Alta-Matarraña (s. VII-VI a.C.)”. En F. Burillo (coord.), *VI Simposio sobre los Celtíberos. Ritos y Mitos*. Zaragoza, pp. 45-56.
- SECO VILLAR, M.; TRECEÑO LOSADA, F. J. (1993): “La temprana “iberización” de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de “La Mota”, Medina del Campo (Valladolid)”. En F. Romero, C. Sanz, Z. Escudero (eds.), *Arqueología Vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca Media del Duero*. Valladolid, pp. 133-172.
- (1995): “Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: “La Mota”, Medina del Campo”. En G. Delibes, F. Romero, A. Morales (eds.), *Arqueología y Medio Ambiente: El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid, pp. 219-245.
- VAQUERIZO GIL, D.; QUESADA SANZ, F.; MURILLO REDONDO, J. F. (2001): *Protohistoria y romanización en la subbética cordobesa. Una aproximación al desarrollo de la cultura ibérica en el sur de la actual provincia de Córdoba*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla.
- WATTENBERG GARCÍA, E. (1978): *Tipología de cerámica celtibérica en el valle inferior del Pisuerga (yacimientos de Tariego, Soto de Medinilla y Simancas*. Museo Arqueológico de Valladolid: Valladolid.
- WATTENBERG SANPERE, F. (1978): *Estratigrafía de los cenizales de Simancas (Valladolid)*. Museo Arqueológico de Valladolid, Valladolid.